



Qué es el psicoanálisis?

Oscar Masotta*

{201} ¿Cómo no ver hoy hasta qué punto el gran biógrafo de Freud rebosaba de liberalismo? Liberalismo, esto es, poco o nada de fe en la subjetividad individual, más la retención de la idea de individuo y la creencia en un cierto individuo, más la idea de que las teorías pertenecen al registro de la verdad, pero la verdad surge de la competencia de esas opiniones. ¿Explicará lo primero a esa ruta difícil, el psicoanálisis, que Jones pudo –aunque no sin tropiezos- transitar junto a Freud? Ante todo, y en el nivel mismo de la ideología de la teoría (es decir, de la posición de la teoría frente a la relación de la conciencia con la verdad), ¿no explica el psicoanálisis que toda opinión verbalizada tiene algo –o todo- de error, y que la verdad no consiste jamás en la palabra dicha, sino en la precisa relación que la une a un *no dicho* que a la vez la hace posible como palabra y como error? Al revés, y en el fondo, Ernest Jones no quiso “saber nada” (como el hombre de los lobos con la castración) con el verdadero descubrimiento de Freud. ¿Pero cómo se las arreglaba Jones para estar tan de acuerdo con Freud pensando de modo tan radicalmente distinto? Jones ante todo no quería saber nada con un supuesto que en el nivel de la comparación teórica entre sistemas liga el pensamiento de Freud con el de Marx. La noción de un trabajo inconsciente, {202} que viene desde antes y desde esa “otra escena” donde se selló el verdadero origen de los “objetos” (parciales tal vez, pero en Freud no hubo “objeto total”) anclados en el mundo exterior y que el sujeto puede percibir y nombrar, pero solo a condición de ignorarlos; y que este trabajo del no saber –que es el trabajo de la verdad- no es el mero resultado de un eclipsamiento de las ideas entre sí.

Hay en el psicoanálisis, si se quiere, un pesimismo radical. La verdad –como enseña Lacan- no consiste en ideas, ni en el significado, sino que *insiste* en ellas. Esto es, que se gesta en otro lado: en las articulaciones –históricas- del inconsciente –subjetivo- (a saber, el Sujeto). De la misma manera Marx afirmó que todo objeto percibido (una mesa, una máquina, una lata de conservas) no puede ser más que objeto erróneo de la percepción, y como tal, el resultado (social) de una cierta articulación histórica –se sabe- donde el valor de uso de la mercancía ha quedado subsumido por su valor de cambio. Esta subsunción refleja en el sistema el destino del trabajo humano concreto, ya que a falta de que este pueda ser trasmutado en su pura exterioridad, esto es, calculado en horas de trabajo y vendido como mercancía, el proceso histórico de la producción capitalista, –y correlativamente- el ocultamiento de las condiciones de la producción, no habría tenido lugar.

En la descripción marxista del capitalismo esa doble exterioridad, o “materialidad”, donde trabajo y mercancía se reflejan a la vez que soportan e inducen el ocultamiento, es esencial al sistema y a la teoría. Es interesante y tal vez algo más; el edificio de la teoría freudiana se construye en un movimiento estrechamente homólogo al de las ideas de Marx. Se trata, se entiende, menos de una semejanza moral que de una correspondencia entre los puntos de almohadillados de ambos sistemas¹. O bien, y si habrá que hablar {203} de ética, no deberemos olvidar –habría que decirlo así- que en Marx y en Freud el planteo ético es *estructura de la teoría*. ¿Pero cuál es ese pivote capaz de segregar exterioridad en el edificio freudiano? ¿Cuál es ese soporte capaz de ofrecer su fachada de exterioridad a lo que deja de ser ocultado y que por su estructura constituirá en problema el movimiento mismo del ocultamiento? Hoy se sabe que Freud –quien no conoció a Saussure- no ignoraba la definición saussuriana del signo ni mucho menos la materialidad (esto es, el potencial de exterioridad, el alcance efectivo, la sorda capacidad de envolver al organismo en sus efectos) del significante.

Jones –¿era su liberalismo?- dejaría casi todo en pie en el edificio freudiano: todo menos dos columnas, las que en verdad mantienen nada menos que el edificio entero. Con su teoría sobre el “verdadero simbolismo” Jones renegaría de la necesidad de pensar la precisa intuición freudiana del símbolo lingüístico; mientras que con la noción de “aphanisis” (declinación del deseo) contribuía con su ladrillo a la construcción de la destrucción de la concepción freudiana del Edipo.

La lectura de *¿Qué es el psicoanálisis?* resulta, en un sentido, apasionante. En efecto, todo Jones aparece ahí, comprimido, como estilizado en la letra del pequeño ensayo. Su franca fidelidad cuando

se trata de reconocer la importancia de los descubrimientos de Freud; su prosa sencilla, cautelosa, un manejo indiscutible del grueso de los conceptos psicoanalíticos y de su campo de aplicación; ese estilo lineal del biógrafo –si no de verdadero historiador- capaz de divulgar la teoría y la exigencia de pensar los conceptos. Pero aun, esa elegante y difusa conciencia de las diferencias y el poder, en el momento necesario, de eludir las ideas de las cuales las suyas propias se hallaban irremediabilmente alejadas.

Si se lee con cuidado el ensayo se ve que Jones –en el nivel menos explícito- opera ya algunos desplazamientos en relación {204} a Freud. *Desplazamiento*: según una de las caracterizaciones que se hallan en la *Traumdeutung* (la única –es significativo- que Jones evoca) una distribución o transporte peculiar de los acentos. De los cuatro mecanismos asignados por Freud al trabajo onírico, Jones acentúa la elaboración secundaria en detrimento de la figuración. Como consecuencia, las reglas de transformación cuyo esbozo Freud describió entre las ideas latentes y el contenido manifiesto (se sueña en imágenes) quedan ligeramente escamoteadas. Y ello no con el fin de recordar en algún momento –su ductilidad expositiva se lo hubiera permitido- que Freud podía también desinteresarse de las imágenes del sueño puesto que se interesaba por el relato del paciente (por un lado, la idea central de analizar el sueño *en* la transferencia; pero por otro lado el interés no menos central de Freud por las palabras del relato). ¿Pero no es como si Jones se encontrara siempre encerrado por ese espacio peculiar trazado por la lógica de las articulaciones del inconsciente –la lógica del significante- y el valor del signo lingüístico?

En Freud ese espacio está en todos lados. ¿Pero cómo divulgar el psicoanálisis sin transitarlo? Cómo arreglárselas para exponer la teoría freudiana del sueño –por más brevemente- sin mencionar la importancia que Freud otorgaba a la palabra, no al “factor” lingüístico, sino al significante (en este caso Jones no nombra ni a uno ni a otro). Pero cuando trata de los “errores del funcionamiento mental”, el significante entra en escena, si bien con el tren trasero desvencijado, sin amortiguadores, descalificado. Se trata del ejemplo de un *lapsus*: el paciente dice “temor” (*fear*) en lugar de “fiebre” (*fever*). Jones observa:

Lo que determinó el error no fue, como podrían sostener los filólogos, el hecho de que las dos palabras tengan tantos elementos en común (cada una consiste en dos sílabas, ambas tienen *e* en la pri{205}mera y terminan en *r*) sino el hecho de que la palabra “fiebre” estaba fuertemente imbuida en el sentimiento del temor. (Ob. cit., p.65)

¿Pero no es obvio que donde dice “los filólogos” debe leerse Freud? Jones no entiende en definitiva que no hay símbolo sin significante, y que aquello que define a un significante no es su relación sin mediaciones con lo que significa, ni sus oscuras impregnaciones con el sentimiento, sino su relación material, “exterior” con otro u otros significantes. Freud, al revés, y cuando –para no citar más que un ejemplo- tiene que definir las condiciones, si no suficientes, en cambio necesarias del olvido de un nombre, enumera:

1) una determinada disposición para el olvido del nombre de que se trata; 2) un proceso represivo llevado a cabo poco tiempo antes; 3) la posibilidad de una asociación externa (Freud subraya la palabra) entre el nombre que se olvida y el elemento anteriormente reprimido.²

Jones había intentado, en su famoso artículo sobre el simbolismo³, resguardar a Freud del inconsciente de Jung.

Para la serpiente –recuerda Lacan (MEJSTS, p.702)- (Jones) rectifica que no es el símbolo de la libido, noción energética que como idea no se obtiene más que a un alto grado de abstracción, sino del Falo, en tanto este le parece característico de una “idea más concreta”, esto es, concreta en último término.

A salvo de los arquetipos, la cuestión no deja de reaparecer, y no sin virulencia. Entonces, ¿qué es el Falo? ¿Objeto o {206} idea? En verdad ni una ni otra cosa. O bien, y si es “idea” de la teoría, es porque es un “objeto” bastante peculiar. Era extraño: planteada la cuestión del símbolo –y aun, y a fuerza de escamotear al significante- el falo no dejaba de reaparecer. ¿No sería que el Falo mismo era un significante? Y si lo fuera –lo es-, ¿cuál es –como plantea Lacan- su estatus simbólico y cuál su

estatus imaginario? Seguro de haber acertado la respuesta de una pregunta que no supo plantear, Jones se lanza en 1927 a corregir la laboriosa, paulatina construcción freudiana de la fase fálica y la sexualidad femenina. Consecuencia: recaída en un empirismo -¿resultado de su liberalismo?, ¿la faz obligada de su racionalismo?- cuya única utilidad residió en confundir completamente el significado de la sexualidad en Freud. En efecto, ¿cómo hablar del sexo en Freud sin entender el sentido de la exigencia estructural del carácter perentoriamente “masculino” que asignaba a la libido; o bien, tachando como errónea la “premisa universal del pene”? De esta tachadura surgirían más arde las exigencias de una teoría coja, que para ocultar el pie que faltaba (no solo el talón) se lanzaría a la postulación de la existencia del pie existente; a saber, una teoría sin falta de objeto de la relación de objeto. En el ensayo de divulgación (también de 1927) la cuestión podía no aparecer en Jones. ¿Quién dijo que el lenguaje de la teoría no “habla” en los huecos de sus teóricos? En el “Apéndice” (1974) en cambio, y no sin antes señalar honestamente su acuerdo con sus propias ideas de antaño, Jones nos recuerda que Freud estaba equivocado (se lo ve: en lo esencial) y que “cierto número de analistas” (me confío del traductor) opinó que había tomado las cosas “desde un punto de vista demasiado estrechamente masculino” (ob. cit., p.124). ¿Pero cómo no percibir en Jones, y a la vez, tanto el carácter endeble de las ideas que propone como los fundamentos prefreudianos del estilo cauteloso que construye para defenderlas? He ahí en efecto una manera delicada –que es posible reencontrar ya elevada al rango de regla de estilo en mil textos {207} sobre Freud- de apuntar a Freud por un llamado al consenso ulterior y a las novedades de la historia. Este fusilamiento es una ráfaga de opiniones. En el caso de Jones hay que recordar además que esa retórica con la que convierte en pasado las tesis de Freud tiene sin duda otro empleo: por añadidura permite, si no olvidar la cronología, al menos el sentido –la dirección- de las fechas, puesto que ellas coinciden en señalar que mientras Freud (1923, 1924, 1925, 1931, 1933) construía el esquema de efectos estructurales de Edipo, Jones (1927, 1932, 1935) desandaba, tras los pasos de Freud, el mismo camino. Como recuerda Lacan, este culmina en el Congreso de Viena de 1935 cuando Jones, en definitiva, abraza las posiciones de Melanie Klein.

Pero ninguna táctica retórica podría descalificar el rigor de un pensamiento como el de Freud, cuyo objeto, casualmente, no es sino la matriz de toda retórica humana. En honor a Freud recordemos entonces que si en el Edipo de su doctrina el hombre y la mujer giran en torno de un mismo símbolo privilegiado, el Falo, ello no significa acordar ningún privilegio al hombre contra la mujer, ni al trabajo inconsciente por el que uno y otro resuelven los accidentes de sus propias historias individuales. Puesto que, como enseña Lacan (cfr. especialmente SF y FI), si el hombre lo tiene, se enferma porque en la realidad no lo es mientras que la mujer que puede intentar en lo imaginario serlo, en la verdad no lo tiene. Hombre o mujer, en efecto, el sujeto freudiano debe atravesar una cierta fase, la fase fálica, donde las características anatómicas –la anatomía es como la geografía según Napoleón, decía Freud-, al complementarse, fundan y sostienen por la diferencia, la incidencia y la “instancia” fálica en el desarrollo de ambos sexos. En resumen: para Freud ni el hombre nace masculino ni la mujer femenina. Uno y otra, y en el interior del algoritmo que rige las regularidades y confiere sentido a las irregularidades, cuyos límites se ven fijados en la llamada fórmula completa del Edipo, esto {208} es, en los *axiomas* que constituyen la matriz intersubjetiva de la subjetividad, se ven obligados a “significar” tanto la realización de sus fines sexuales como sus elecciones de objeto. O más exactamente *irrealizar las relaciones a significar* (Lacan). Dicho de manera un poco menos complicada: el hombre no nace hombre ni mujer, ni perverso ni neurótico, pero habría que agregar que tampoco *se hace* (según fórmula del existencialismo de posguerra) ni hombre ni mujer ni perverso ni neurótico. Lo que en cambio hace es investirse e identificarse con los *signos* (los “emblemas” del hombre masculino o de la mujer femenina, por ejemplo –pero estos, se sabe, no constituyen sino realizaciones posibles del algoritmo, o como quiera decirse, efectos de los valores de la estructura-) que ocultan y traicionan siempre su *ubicación* como sujeto (hombre o mujer) en el interior del triángulo edípico y en relación al significante mayor.

Pero para entender a Freud había que poder comprender que si la anatomía es el destino, el destino no es la *empíria*. Para ello había que distinguir el falo –esto es, una “premisa universal”, a saber, el símbolo insobornable de la castración- del pene real, a saber, un órgano empírico; esto es, en todo

caso y como se dice, un objeto parcial. Era esto exactamente lo que su mal raionalismo le impedía a Jones.

Se recuerda que en Freud la mujer se introduce en los primeros accidentes edípticos por una fuerte ligazón a la madre, y vuelta hacia su clítoris, la primera zona por la que accederá al goce genital. Se recuerda también por cuáles sustituciones debe atravesar para alcanzar –caso siempre improbable, lábil o inestable- las complicaciones de su normalización: reemplazo del clítoris por la vagina, reemplazo del primer objeto sexual, la madre, por el padre; reemplazo del pene que no tiene por el hijo que desea tener del padre. Cuando la mujer descubre la castración (*penis neid*) entra entonces en el Edipo, del que declina siempre más tarde que el hombre y siempre {209} suavemente; mientras que el hombre a la inversa se separa abruptamente del Edipo cuando encuentra la castración. Es imposible resumir aquí la articulación y el movimiento de la teoría que en los textos de Freud describe a la castración, pivote de la clínica y fundamento de la teoría, los que la historia del psicoanálisis nos descubre bastante atrofiados. Pero basta recordar que junto al primer *paralelismo* (que más tarde Freud llamaría *incompleto*) del recorrido de las fases por el varón y la niña, Freud postuló –consecuencia estructural- la asimetría de las posiciones masculina y femenina. ¿Pero qué opinaba Jones? Para defender a la mujer, no cabe duda, Jones hace partir a la niña de una fase decidida y básicamente femenina, y le restituye así su simetría en relación al varón. He ahí lo que se llama confundir la “objetividad” [con] la “objetividad”, verdadera caída en lo biológico por donde se otorgarán objetos a pulsiones genitales ad hoc. En el caso de la mujer y desde entonces, su desarrollo se verá dirigido –hay que decirlo así- por un pene teleológico: desde el comienzo de su recorrido la mujer –desprovista de *propiedades* masculinas, investida por lo mismo de las contrarias, *receptiva* (atenta a su propio cuerpo) y *adquisitiva*⁴ (provista de la inteligencia de lo que le falta)- sabrá entonces que no se trata sino –para decirlo en español- de *to get a penis* (no en lo simbólico ni el de ella, el que tiene; el del otro, el pene real). Al pie de la letra: la cuestión pene/falo/castración no planteará desde entonces problemas a la estructura del desarrollo. Eso que en Freud pertenecía al orden de la estructura quedará relegado mantenido históricamente, en el registro de la “búsqueda del objeto”... y bien entendido, el objeto está ahí, en lo real: es el pene del hombre... Uno se podría preguntar entonces cuál teoría, en efecto, se halla más centrada en lo {210} masculino. En resumen: nunca carecerá de interés el recuerdo del origen –o uno de los orígenes- de esos malentendidos que son extraños, se lo ve, a la falsedad o verdad de la teoría, esas

hazañas dialécticas –como dice Lacan- que han impuesto al doctor Ernest Jones para sostener la afirmación de su entero acuerdo con Freud (*a partir de*) una posición diametralmente contraria, a saber, aquella que lo convertía, con matices, sin duda, en el campeón de los feministas ingleses, *férues du principe du chacun son: aux boys le phalle, aux girls le c...* (QTPPP, p.55)

* Masotta, O. (2008) “Qué es el psicoanálisis?”, en *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*, Eterna Cadencia, Buenos Aires. Artículo publicado en *Los libros*, Buenos Aires, Año°, nº5, noviembre 1969. Entre llaves, el número de la página que corresponde a la edición impresa.

¹ Cfr. Goux, J.-J., “Numismatiques” y “Marx et l’inscription du travail”.

² *Psicopatología de la vida cotidiana*, OC, I, p.630. WG, IV, p.11.

³ “The Theory of Symbolism” (1916).

⁴ Cfr. “La phase phallique et la portée subjective du complexe de castration” (sin firmar).